

EL CANCER ALEGRE

"Hay en mi país una enfermedad mortal de lento avance, que ataca —cosa inusitada— el corazón de la nación. Es un cáncer que viene extendiendo sus mortíferos ganglios a través de cuatro décadas, sin que nadie haya logrado oponérsele ni mucho menos.

¿Cáncer al corazón?... ¿Y cáncer alegre?... ¡Qué rara cosa ésta!..."

Así abre su diagnóstico certero y valiente de una lamentable situación de nuestro país el poeta Luis Felipe Ramón y Rivera en un enjundioso libro al que robamos el título de nuestro editorial.

Y enumera el músico-poeta los síntomas del mal:

"Las películas pornográficas y de **gangsters**, las revistas de humor pornográfico y semipornográfico, los cabarets y night-clubs, la marihuana y demás drogas, el alcoholismo, la música sensual y sus letras groseras y las carátulas de los discos con mujeres en poses libinidosas, el **sound-track**, el **video-tape**, la **rockola** y demás "traga-medios" (aquí no se pueden llamar **traganiqueles** porque lo que consumen es plata: plata de nuestro pueblo).

Este es el cáncer que aprisiona, chupa y desangra el corazón de nuestro pueblo, su alegría, su necesidad de gozo..."

Nosotros vemos mejor tal vez que el poeta, desde nuestro periscopio sacerdotal, hasta dónde se extiende la fatal enfermedad, y somos testigos doloridos e impotentes, aunque no silenciosos, de la rápida proliferación del mal.

LA PLATA, VALOR SUPREMO

Hay un valor en nuestra sociedad que ha obtenido la primacía absoluta del primer puesto y que se yergue como Moloch, inexorable y voraz, en medio de la turbamulta de idolillos subalternos: **la plata**.

Y ésta, como ancho portón para la vida fácil, para el paraíso terrenal de los placeres, especialmente los rastreros del sexo, y una vida de lujosa comodidad.

El amor desordenado, ilimitado, al dinero, es el libro primario que asimilan, hasta consubstanciarse con él, los niños en nuestros hogares. Hasta en el santuario de la inmensa mayoría de las familias cristianas se rinde culto al ídolo. Y se trata de ganar plata fácil y rápidamente, no por el cauce normal del trabajo honrado y del esforzado ahorro, sino por todos los medios al alcance de la mano, lícitos e ilícitos. Para la inmensa mayoría, el fin justifica los medios.

Ganar plata sin trabajar es para los más un ideal codiciado. Venezuela ha sido, y sigue siéndolo aún, el país de la ganancia fácil. De ahí a la ganancia mal habida no hay más que un paso. Comisiones, acaparamiento de cargos burocráticos, compadrazgos sospechosos, la extorsión en una gama infinita de matices, negocios más o menos limpios, aunque de fachada irrepachable...

REINO DE EPICURO

Y la plata es autopista para el placer. Y no en sus formas más refinadas y elevadas, sino las más ruines y groseras. El reino de Epicuro, con perdón del mal traído y peor tratado filósofo griego, más o menos dorado, se está transformando nuestro país.

La sierpe del materialismo de la vida se está enroscando en el alma de nuestro pueblo, atenazando especialmente a la juventud. Una civilización erótica lo impregna todo, desbordándose en ciertos tiempos del año, como Carnaval y, tristemente, la Semana Santa. Cualquier pretexto es suficiente para organizar una fiesta y siempre es carnaval. Carne y alcohol son ingredientes que nunca pueden faltar y una ética amoral subraya la vida venezolana. Ni aun en los momentos de crisis nacional, cuando acechaba la sombra amenazadora de la catástrofe, se manda callar a la orquesta...

Sangre, sexo y despreocupación se conjugan en un número sin fin de tiempos y de modos en nuestro hoy nacional.

Y mientras tanto, los graves y urgentes problemas nacionales no acaban de resolverse, y se eternizan en medio de un inútil bordoneo de palabras huecas y eternamente repetidas. Y aun son triste excusa para más fiestas, convenciones y congresos en buenos hoteles y con caros y exquisitos licores. ¿No acostumbran a ahogar en whiskey todos los males?

Se rehuye el esfuerzo serio y constante y nuestros jóvenes son incapaces de un estudio perseverante. Hay demasiados atractivos en esta feria multicolor y bullanguera para dedicarse al estudio y a la reflexión creadora. Y muchos de nuestros jóvenes naufragan en la tarea ardua de los libros para sumarse al ejército de los zánganos y parásitos o de los desadaptados sociales, mientras otros maldigieren un título profesional a base de atroces atracones de libros memorizados en las quincenas de los exámenes. Y son minoría "heroica" los que conquistan la cima difícil de unos estudios bien hechos y adquieren una competente formación profesional.

Hay una plétora abusiva en los liceos y en las universidades, mientras las escuelas técnicas y profesionales escasean, falta, las más de las veces, de valioso material humano. Es cierto que en los medios populares abunda el esfuerzo y que escuelas y liceos nocturnos rebosan de muchachos y muchachas que quieren romper el cerco de miseria que les rodea y conquistarse un puesto en la sociedad. Pero en la puja valerosa hacia arriba ¿no es la bienaventuranza de una vida fácil, como la de los demás, lo que les atrae como objetivo final?

CANCER AMARGO

Dios quiera que este cáncer alegre, que deforma nuestra sociedad, no se transforme en cáncer amargo. Junto a la orquesta del placer y de la despreocupación suena otra: la de la amargura y la desesperación. Y la integran los millares de campesinos que no se resignan a malvivir arañando el campo inhóspito y desembocan en la "ciudad alegre y confiada" que les da hosca bienvenida del desempleo y el hambre; los millares de desempleados, mal preparados para un país en vías de desarrollo, y que otean sin ilusión un horizonte sin esperanzas; los millares de jóvenes que, invitados al banquete de la vida, no encuentran puesto y esperan de la revolución sangrienta y extremista les abra camino; los millares de mujeres abandonadas que tienen que comerciar con sus cuerpos para dar de comer a sus hijos hambrientos; o los deben abandonar para regresar por la noche, agotadas, con el pedazo de arepa ganado en trabajo duro; y los hijos de estas mujeres, levantados en el desamparo, y que engruesan las hordas incontrolables de los delincuentes de toda laya, o repetirán la historia triste de sus padres desconocidos; los miles de profesionales sin trabajo, cuya frustración incuba el veneno de la revuelta social...

Y es esta cordillera de contrastes la que hace más peligroso el caminar de nuestro país por la atrevida cornisa de su devenir histórico y obliga a los hombres y mujeres que aman a la Patria y están empeñados en su engrandecimiento a una tarea de reflexión y de trabajo, a un empeño decidido de sincera auscultación de los males de nuestro pueblo y a una enérgica y precisa cirugía, a abandonar la orgía del rey Baltasar antes que se colme la medida y sea demasiado tarde.

J. M. G.